

"SI ES POSIBLE
EL POEMA
ES POSIBLE
LA VIDA"

Miguel Oscar Menassa

LAS 2001 NOCHES

REVISTA DE POESÍA, AFORISMOS, FRESCORES

N.º 200 MARZO 2025

Publicación de difusión gratuita

LEA
ESTA REVISTA
EN
INTERNET

www.las2001noches.com

Desde el
Nº 1
(Enero 1997)
al
Nº 200
(Marzo 2025)



Mujer de rojo paseando por el jardín de mi mirada de Miguel Oscar Menassa.
Óleo sobre lienzo de 73x60 cm.

NADIE, NUNCA, ME ALCANZARÁ, SOY LA POESÍA

EDITORIAL

ARTE POÉTICA

Poesía, lo sé, mientras te escribo,
dejo de vivir.

Entrego mansamente, mis ilusiones,
mis pobres pecados proletarios,
mis vicios burgueses y, aun,
antes de penetrar tu cuerpo,
-tapiz enamorado-
abandono mi forma de vivir,
miserias,
locuras,
hondas pasiones negras,
mi manera de ser.

Vacío de mis cosas,
abanderado de la nada,
transparente de tanta soledad,
invisible y abierto,
permeable a los misterios de su voz,
intento,
rasgo sonoro sobre la piel del mundo
la piel de la muerte
la piel de todas las cosas.

Poesía, sobre tu piel, rasgos sonoros,
esquirlas apasionadas,
imborrables astillas de mi nombre.

Miguel Oscar Menassa

LAS 2001 NOCHES

DIRECTORA:

Carmen Salamanca

SECRETARIA DE REDACCIÓN:

Cruz González

FUNDADOR DE LA REVISTA:

Miguel Oscar Menassa

c/Estrella, 19 - 1º B
28004 MADRID (ESPAÑA)
Teléfono: 91 758 19 40

actividades@grupocero.info
www.grupocero.org

NOTAS DE DIRECCIÓN

Estamos en marzo de 2025 y es un mes especial por dos motivos.

Por un lado, se cumple un año de la muerte de Miguel Oscar Menassa, fundador e ideólogo de Grupo Cero y, también, de esta revista.

Por otro lado, *Las 2001 Noches* cumple 200 números.

Como suele ocurrir a menudo, la vida nos presenta simultáneamente afectos contrarios, emociones opuestas. Y, en este momento, sentimos el dolor por la pérdida de Menassa y la alegría de haber podido continuar con su legado, sorteando dificultades y manteniendo la ilusión que él nos transmitió.

Vamos a seguir trabajando, porque de esta manera le mantenemos vivo en su escritura, sus enseñanzas, sus palabras. Como él decía: "Un hombre muere apenas si otro hombre lo nombra".

Feliz comienzo de la primavera.

Carmen Salamanca. Directora
carmensalamanca@grupocero.info



Toda tu belleza de Miguel Oscar Menassa.
Óleo sobre lienzo de 73x60 cm.

LUIS CERNUDA

España, 1902

ATARDECER EN LA CATEDRAL

Por las calles desiertas, nadie. El viento
y la luz sobre las tapias
que enciende los aleros al sol último.
Tras una puerta se queja el agua oculta.
Ven a la catedral, alma de soledad temblando.
Cuando el labrador deja en esta hora
abierta ya la tierra con los surcos,
nace de la obra hecha gozo y calma.
Cerca de Dios se halla el pensamiento.
Algunos chopos secos, llama ardida
levantan por el campo, como el humo
alegre en los tejados de las casas.
Vuelve un rebaño junto al arroyo oscuro
donde duerme la tarde entre la hierba.
El frío está naciendo y es el cielo más hondo.
Como un sueño de piedra, de música callada,
desde la flecha erguida de la torre
hasta la lonja de anchas losas grises,
la catedral extática aparece,
toda reposo: vidrio, madera, bronce,
fervor puro a la sombra de los siglos.
Una vigilia dicen esos ángeles
y su espada desnuda sobre el pórtico,
florido con sonrisas por los santos viejos,
como huerto de otoño que brotara
musgos entre las rocas esculpidas.
Aquí encuentran la paz los hombres vivos,
paz de los odios, paz de los amores,
olvido dulce y largo, donde el cuerpo
fatigado se baña en las tinieblas.
Entra en la catedral, ve por las naves altas
de esbelta bóveda, gratas a los pasos
errantes sobre el mármol, entre columnas,
hacia el altar, ascua serena,
gloria propicia al alma solitaria.
Como el niño descansa, porque cree
en la fuerza prudente de su padre;
con el vivir callado de las cosas
sobre el haz inmutable de la tierra,
transcurren estas horas en el templo.
No hay lucha ni temor, no hay pena ni deseo.
Todo queda aceptado hasta la muerte
y olvidado tras de la muerte, contemplando,
libres del cuerpo, y adorando,
necesidad del alma exenta de deleite.
Apagándose van aquellos vidrios

del alto ventanal, y apenas si con oro
triste se irisan débilmente. Muere el día,
pero la paz perdura postrada entre la sombra.
El suelo besan quedos unos pasos
lejanos. Alguna forma, a solas,
reza caída ante una vasta reja
donde palpita el ala de una llama amarilla.
Llanto escondido moja el alma,
sintiendo la presencia de un poder misterioso
que el consuelo creara para el hombre,
sombra divina hablando en el silencio.
Aromas, brotes vivos surgen,
afirmando la vida, tal savia de la tierra
que irrumpe en milagrosas formas verdes,
secreto entre los muros de este templo,
el sopro animador de nuestro mundo
pasa y orea la noche de los hombres.

HILDA HILST

Brasil, 1930

TAN SOLOS ESTÁN LOS HOMBRES Y LA PALABRA

XI

Siento pena
por las mujeres que ríen con los brazos
y lloran de mentira para los hombres.
Y se descubren el pecho antes de la invitación
y mueren en el placer... ojos cerrados.

Siento pena
por el poeta hecho sólo para ser padre... y ser poeta.
Y por aquellos que se duermen sobre el papel
a la espera de la palabra
y por los que hacen hijos por casualidad
y por los locos y por el perro que pasa

y por mí... que espero la muerte
entre la confusión y el miedo.

LEÓN FELIPE

España, 1884

LA INSIGNIA

[alocución poemática]

Este poema se inició a raíz de la caída de Málaga y adquirió esta expresión después de la caída de Bilbao. Así como va aquí es la última variante, la más estructurada, la que prefiere y suscribe el autor. Y anula todas las demás anteriores que ha publicado la prensa. No se dice esto por razones ni intereses editoriales. Aquí no hay Copyright. Se han impreso quinientos ejemplares para tirarlos al aire de Valencia y que los multiplique el viento.

Valencia, 1937.
León Felipe

El aire de Valencia ha traído hasta nosotros *La Insignia* de León Felipe. El viento del Anáhuac, sonoro de entusiasmos, quiere multiplicarla.

España -surco donde germinan hoy, regados con la sangre del pueblo, los más claros anhelos de redención- tiene en León Felipe un representante genuino e inconfundible: no puede ser substituido. Si quisiéramos simbolizar en un solo hombre cuanto de Quijote hay en las arterias españolas, no podríamos encontrar a nadie con mejor esencia que este poeta. Así es él, León Felipe, peleador infatigable con ademán de niño, poeta grande -voz de profecía- que sabe arrancar a la tierra el grito de la nueva vida.

León Felipe es, desde su raíz primera, un español. Está lleno (lo hemos dicho muchas veces) de esa LOCURA DIVINA que se apodera del Poeta cuando sus fibras más íntimas son sacudidas por el drama de la guerra.

El día 7 de noviembre de 1936, los ejércitos mercenarios del fascismo internacional se avalanzaban sobre Madrid. León Felipe se aprestó al combate, blandiendo sus armas: el viejo lápiz con que más tarde escribió desesperado por el Paseo de la Castellana, al encuentro de su hora. Ahí, erguido junto a la Cibeles, solo, "bajo los cielos implacables", el poeta elevó su imprecación. Entonces fue el milagro: los invasores NO PASARON. Y León Felipe se convirtió en el símbolo de su pueblo.

España, en el transcurso de esta guerra se transforma integralmente: nacen en ella, valores antes insospechados. *La Insignia* -esta alocución poemática, como ha querido llamarla su autor- representa uno de los documentos más vivos de la poesía que hoy florece en los campos iberos.

León Felipe: el viento del Anáhuac, sonoro de entusiasmos, quiere multiplicar tu Insignia y convertirla en estrella luminosa, en guía de todos los que ansiamos edificar LA PRIMERA CASA DEL HOMBRE.

México, 1938.
Ediciones Insignia

LA INSIGNIA

Alocución poemática

¿HABÉIS hablado ya todos?
¿Habéis hablado ya todos los españoles?
Ha hablado el gran responsable revolucionario,
y los pequeños responsables;
ha hablado el alto comisario,
y los comisarios subalternos;
han hablado los partidos políticos,
han hablado los gremios,
los Comités,
y los Sindicatos,
han hablado los obreros y los campesinos;
han hablado los menestrales:
ha hablado el peluquero,
el mozo de café
y el limpiabotas.
Y han hablado los eternos demagogos también.
Han hablado todos.
Creo que han hablado todos.
¿Falta alguno?
¿Hay algún español que no haya pronunciado su palabra?...
¿Nadie responde?... (Silencio). Entonces faltó yo sólo.
Porque el poeta no ha hablado todavía.
¿Quién ha dicho que ya no hay poetas en el mundo?
¿Quién ha dicho que ya no hay profetas?

Un día, los reyes y los pueblos,
para olvidar su destino fatal y dramático
y para poder suplantar el sacrificio con el cinismo y con la
pirueta,
substituyeron al profeta por el bufón.
Pero el profeta no es más que la voz vernácula de un pueblo,
la voz legítima de su Historia,
el grito de la tierra primera que se levanta en el barullo del
mercado, sobre el vocerío
de los traficantes.
Nada de orgullos
Ni jerarquías divinas ni genealogías eclesiásticas.
La voz de los profetas -recordadla-
Es la que tiene más sabor de barro.
De barro,
del barro que ha hecho al árbol -al naranjo y al pino-
del barro que ha formado
nuestro cuerpo también.
Yo no soy más que una voz -la tuya, la de todos-
la más genuina,
la más general,
la más aborigen ahora,
la más antigua de esta tierra.
La voz de España que hoy se articula en mi garganta, como
pudo articularse en otra
cualquiera.
Mi voz no es más que la onda de la tierra,
de nuestra tierra,
que me coge a mí hoy como una antena propicia.
Escuchad,
escuchad, españoles revolucionarios,
escuchad de rodillas.
No os arrodilléis ante nadie.
Os arrodilláis ante vosotros mismos,

ante vuestra misma voz,
 ante vuestra misma voz que casi habíais olvidado.
 De rodillas. Escuchad.

Españoles,
 españoles revolucionarios,
 españoles de la España legítima,
 que lleva en sus manos el mensaje genuino de la raza para
 colocarlo humildemente
 en el cuadro armonioso de la Historia Universal de mañana,
 y junto al esfuerzo generoso de todos los pueblos del mundo...
 escuchad:

Ahí están -miradlos-
 ahí están, los conocéis bien.
 Andan por toda Valencia,
 están en la retaguardia de Madrid
 y en la retaguardia de Barcelona también.
 Están en todas las retaguardias.
 Son los Comités,
 los partidillos,
 las banderías,
 los Sindicatos,
 los guerrilleros criminales de la retaguardia ciudadana.
 Ahí los tenéis.
 Abrazados a su botín reciente,
 guardándole,
 defendiéndole,
 con una avaricia que no tuvo nunca el más degradado bur-
 gués.

¡A su botín!
 ¡Abrazados a su botín!
 Porque no tenéis más que botín.
 No le llaméis ni incautación siquiera.
 El botín se hace derecho legítimo cuando está sellado por una
 victoria última y heroica.
 Se va de lo doméstico a lo histórico,
 y de lo histórico a lo épico.
 Éste ha sido siempre el orden que ha llevado la conducta del
 español en la Historia,
 en el ágora
 y hasta en sus transacciones,
 que por eso se ha dicho siempre que el español no aprende
 nunca bien el oficio de mercader.

Pero ahora,
 en esta revolución,
 el orden se ha invertido.
 Habéis empezado por lo épico,
 habéis pasado por lo histórico
 y ahora aquí,
 en la retaguardia de Valencia,
 frente a todas las derrotas,
 os habéis parado en la domesticidad.

Y aquí estáis anclados,
 Sindicalistas,
 Comunistas,
 Anarquistas,
 Socialistas,
 Trotskistas,
 Republicanos de Izquierda...
 Aquí estáis anclados,
 custodiando la rapiña,
 para que no se la lleve vuestro hermano.
 La curva histórica del aristócrata, desde su origen popular y

heroico hasta su última
 degeneración actual, cubre en España más de tres siglos.
 La del burgués, setenta años.
 Y la vuestra, tres semanas.
 ¿Dónde está el hombre?
 ¿Dónde está el español?
 Que no he de ir a buscarle al otro lado.
 El otro lado es la tierra maldita, la España maldita de Caín,
 aunque la haya bendecido el Papa.
 Si el español está en algún sitio, ha de ser aquí.
 Pero, ¿dónde, dónde?...
 Porque vosotros os habéis parado ya
 y no hacéis más que enarbolar todos los días nuevas bande-
 ras con las camisas rotas
 y con los trapos sucios de la cocina.
 Y si entrasen los fascistas en Valencia mañana,
 os encontrarían a todos haciendo guardia
 ante las cajas de caudales.
 Esto no es derrotismo, como decís vosotros.
 Yo sé que mi línea no se quiebra,
 que no la quiebran los hombres
 y que tengo que llegar hasta Dios para darle cuenta de algo
 que puso en mis manos
 cuando nació la primera substancia española.
 Esto es lógica inexorable.
 Vencen y han vencido siempre en la Historia inmediata, el
 pueblo y el ejército que
 han tenido un punto de convergencia, aunque este punto sea
 tan endeble y
 tan absurdo como una medalla de aluminio bendecida por un
 cura sanguinario.
 Es la insignia de los fascistas.
 Esta medalla es la insignia de los fascistas.
 Una medalla ensangrentada de la Virgen.
 Muy poca cosa.
 Pero, ¿qué tenéis vosotros ahora que os una más?

Pueblo español revolucionario,
 ¡estás solo!
 ¡Solo!
 Sin un hombre y sin un símbolo.
 Sin un emblema místico donde se condense el sacrificio y la
 disciplina.
 Sin un emblema solo donde se hagan bloque macizo y único
 todos tus esfuerzos y
 todos tus sueños de redención.
 Tus insignias,
 tus insignias plurales y enemigas a veces, se las compras en
 el mercado caprichosamente
 al primer chamarilero de la Plaza de Castelar,
 de la Puerta del Sol
 o de las Ramblas de Barcelona.
 Has agotado ya en mil combinaciones egoístas y heterodoxas
 todas las letras del alfabeto.
 Y has puesto de mil maneras diferentes, en la gorra y en la
 zamarra
 el rojo
 y el negro,
 la hoz,
 el martillo
 y la estrella.
 Pero aún no tienes una estrella SOLA,
 después de haber escupido y apagado la de Belen.

Españoles,
españoles que vivís el momento más trágico de toda nuestra
Historia,
¡estáis solos!
¡Solos!
El mundo,
todo el mundo es nuestro enemigo, y la mitad de nuestra
sangre -la sangre podrida
y bastarda de Caín- se ha vuelto contra nosotros también.

¡Hay que encender una estrella!
¡Una sola, sí!
Hay que levantar una bandera.
¡Una sola, sí!
Y hay que quemar las naves.
De aquí no se va más que a la muerte o a la victoria.
Todo me hace pensar que a la muerte.
No porque nadie me defiende
sino porque nadie me entiende.
Nadie entiende en el mundo la palabra "justicia". Ni vosotros
siquiera.
Y mi misión era estamparla en la frente del hombre
y clavarla después en la Tierra
como el estandarte de la última victoria.
Nadie me entiende.
Y habrá que irse a otro planeta
con esta mercancía inútil aquí,
con esta mercancía ibérica y quijotesca.
¡Vamos a la muerte!
Sin embargo,
aún no hemos perdido aquí la última batalla,
la que se gana siempre pensando que ya no hay más salida
que la muerte.
¡Vamos a la muerte!
Éste es nuestro lema.
Que se despierte Valencia y que se ponga la mortaja.

¡Gritad,
gritad todos.
Tú, el pregonero y el speaker,
echad bandos,
encended las esquinas con letras rojas
que anuncien esta sola proclama:
¡Vamos a la muerte!
Que lo oigan todos. Todos.
Los que trafican con el silencio
y los que trafican con las insignias.
Chamarileros de la Plaza de Castelar,
chamarileros de la Puerta del Sol,
chamarileros de las Ramblas de Barcelona
destrozad,
quemad vuestra mercancía.
Ya no hay insignias domésticas,
ya no hay insignias de latón.
Ni para los gorros
ni para las zamarras.
Ya no hay cédulas de identificación.
Ya no hay más cartas legalizadas
ni por los Comités
ni por los Sindicatos.
¡Que les quiten a todos los carnets!
Ya no hay más que un problema.
Ya no hay más que una estrella,

Una sola, SOLA, y ROJA, sí,
pero de sangre y en la frente,
que todo español revolucionario ha de hacérsela
hoy mismo,
ahora mismo
y con sus propias manos.
Preparad los cuchillos,
aguzad las navajas,
calentad al rojo vivo los hierros.
Id a las fraguas.
Que os pongan en la frente el sello de la justicia.
Madres,
madres revolucionarias,
estampad este grito indeleble de justicia
en la frente de vuestros hijos.
Allí donde habéis puesto siempre vuestros besos más limpios.
(Esto no es una imagen retórica.
Yo no soy el poeta de la retórica.
Ya no hay retórica.
La revolución ha quemado
todas las retóricas.)
Que nadie os engañe más.
Que no haya pasaportes falsos
ni de papel
ni de cartón
ni de hojadelata.
Que no haya más disfraces
ni para el tímido
ni para el frívolo
ni para el hipócrita
ni para el clown
ni para el comediante.
Que no haya más disfraces ni para el espía que se sienta a
vuestro lado en el café,
ni para el emboscado que no sale de su madriguera.
Que no se escondan más en un indumento proletario esos que
aguardan a Franco con
las últimas botellas de champán en la bodega.
Todo aquel que no lleve mañana este emblema español
revolucionario, este grito de
¡Justicia! sangrando en la frente, pertenece a la Quinta
Columna.

Ninguna salida ya
a las posibles traiciones.
Que no piense ya nadie
en romper documentos comprometedores
ni en quemar ficheros
ni en tirar la gorra a la cuneta
en las huídas premeditadas.
Ya no hay huídas.
En España ya no hay más que dos posiciones fijas e
inconmovibles.
Para hoy y para mañana.
La de los que alzan la mano para decir cínicamente: "Yo soy
un bastardo español"
y la de los que la cierran con ira para pedir justicia bajo los
cielos implacables.
Pero ahora este juego de las manos ya no basta tampoco.
Hace falta más.
Hacen falta estrellas, sí, muchas estrellas,
pero de sangre,
porque la retaguardia tiene que dar la suya también.

Una estrella de sangre roja,
de sangre roja española.
Que no haya ya quien diga:
esa estrella es de sangre extranjera.
Y que no sea obligatoria tampoco.
Que mañana no pueda hablar nadie de imposiciones,
que no pueda decir ninguno que se le puso la pistola en el
pecho.
Es un tatuaje revolucionario, sí.
Yo soy revolucionario,
España es revolucionaria,
Don Quijote es revolucionario.
Lo somos todos. Todos.
Todos los que sienten este sabor de justicia que hay en nues-
tra sangre y que se nos
hace hiel y ceniza cuando sopla el viento del norte.
Es un tatuaje revolucionario,
pero español.
Y heroico también.
Y voluntario además.
Es un tatuaje que buscamos sólo para definir nuestra fe.
No es más que una definición de fe.

Hay dos vientos hoy que sacuden furiosos a los hombres de
España,
dos ráfagas fatales que empujan a los hombres de Valencia.
El viento dramático de los grandes destinos, que arrastra a los
héroes a la victoria o
a la muerte,
y la ráfaga de los pánicos incontrolables que se lleva la carne
muerta y podrida de los
nafragios a las playas de la cobardía y del silencio.
Hay dos vientos, ¿no los oís?
Hay dos vientos, españoles de Valencia.
El uno va a la Historia.
El otro va al silencio.
El uno va a la épica.
El otro a la vergüenza.

Responsables:
El gran responsable y los pequeños responsables:
Abrid las puertas,
derribad las vallas de los Pirineos.
Dadle camino franco
a la ráfaga amarilla de los que tiemblan.
Una vez más veré el rebaño de los cobardes huir hacia el
ludibrio.
Una vez más veré en piara la cobardía.
Os veré otra vez
robándole el asiento
a los niños y a las madres.
Os veré otra vez.
Pero vosotros os estaréis viendo siempre.
Un día moriréis fuera de vuestra Patria. En la cama tal vez. En
una cama de sábanas blancas,
con los pies desnudos (no con los zapatos puestos, como
ahora se muere en España), con los pies desnudos y ungidos,
acaso, con los óleos santos. Porque moriréis muy santamente,
y de seguro con un crucifijo y con una oración de arrepenti-
miento en los labios. Estaréis ya casi con la muerte, que llega
siempre. Y os acordaréis -¡claro que os acordaréis!- de esta
vez que la huistéis y la burlásteis, usurpándole el asiento a un
niño en un autobús de evacuación. Será vuestro último pensa-

miento. Y allá, al otro lado, cuando ya no seáis más que una
conciencia suelta, en el tiempo y en el espacio, y caigáis pre-
cipitados al fin en los tormentos dantescos -porque yo creo en
el infierno también- no os veréis más que así, siempre, siem-
pre, siempre,
robándole el asiento a un niño en un autobús de evacuación.
El castigo del cobarde ya sin paz y sin salvación por toda la
eternidad.
No importa que no tengas un fusil,
quédate aquí con tu fe.
No oigas a los que dicen: la huída puede ser una política.
No hay más política en la Historia que la sangre.
A mí no me asusta la sangre que se vierta,
a mí me alegra la sangre que se vierte.
Hay una flor en el mundo que sólo puede crecer si se la riega
con sangre.
La sangre del hombre
está hecha no sólo para mover su corazón
sino para llenar los ríos de la Tierra,
las venas de la Tierra, y mover el corazón del mundo.

¡Cobardes: hacia los Pirineos, al destierro!
¡Héroes: a los frentes, a la muerte!

Responsables:
el grande y los pequeños responsables:
organizad el heroísmo,
unificad el sacrificio.
Un mando único. Sí.
Pero para el último martirio.
¡Vamos a la muerte!
Que lo oiga todo el mundo.
Que lo oigan los espías.
¿Qué importa ya que lo oigan los espías?
Que lo oigan ellos, los bastardos.
¿Qué importa ya que lo oigan los bastardos?
¿Qué importan ya todas esas voces de allá abajo,
si empezamos a cabalgar sobre la épica?
A estas alturas de la Historia ya no se oye nada.
Se va hacia la muerte...
y abajo queda el mundo de las raposas,
y de los que pactan con las raposas.

Abajo quedas tú, Inglaterra,
vieja raposa avarienta,
que tienes parada la Historia de Occidente hace más de tres
siglos
y encadenado a Don Quijote.
Cuando acabe tu vida
y vengas ante la Historia grande
donde te aguardo yo,
¿qué vas a decir?
¿Qué astucia nueva vas a inventar entonces para engañar a
Dios?
¡Raposa!
¡Hija de raposos!
Italia es más noble que tú.
Y Alemania también.
En sus rapiñas y en sus crímenes
hay un turbio hálito nietzscheano de heroísmo en el que no
pueden respirar los mercaderes,
un gesto impetuoso y confuso de jugárselo todo a la última
carta, que no pueden

comprender los hombres pragmáticos.
 Si abriesen sus puertas a los vientos del mundo,
 si las abriesen de par en par,
 y pasasen por ellas la Justicia
 y la Democracia Heroica del hombre,
 yo pactaría con las dos para echar sobre tu cara de vieja
 raposa sin dignidad y sin amor
 toda la saliva y todo el excremento del mundo.
 ¡Vieja raposa avarienta:
 has escondido,
 soterrado en tu corral,
 la llave milagrosa que abre la puerta diamantina de la
 Historia...
 No sabes nada.
 No entiendes nada y te metes en todas las casas
 a cerrar ventanas
 y a cegar la luz de las estrellas!
 Y los hombres te ven y te dejan.
 Te dejan porque creen que ya se les han acabado los rayos a
 Júpiter.
 Pero las estrellas no duermen.

No sabes nada.
 Has amontonado tu rapiña detrás de la puerta, y tus hijos,
 ahora, no pueden abrirla
 para que entren los primeros rayos de la aurora nueva del
 mundo.
 Vieja raposa avarienta,
 eres un gran mercader.
 Sabes llevar muy bien
 las cuentas de la cocina
 y piensas que yo no sé contar.
 Sí sé contar.
 He contado mis muertos.
 Los he contado todos,
 los he contado uno por uno.
 Los he contado en Madrid,
 los he contado en Oviedo,
 los he contado en Málaga,
 los he contado en Guernica,
 los he contado en Bilbao...
 Los he contado en todas las trincheras,
 en los hospitales,
 en los depósitos de los cementerios,
 en las cunetas de las carreteras,
 en los escombros de las casas bombardeadas.
 Contando muertos este otoño por el Paseo de El Prado, creí
 una noche que caminaba
 sobre barro, y eran sesos humanos que tuve por mucho
 tiempo pegados a
 la suela de mis zapatos.
 El 18 de noviembre, sólo en un sótano de cadáveres, conté
 trescientos niños muertos...
 Los he contado en los carros de las ambulancias,
 en los hoteles,
 en los tranvías,
 en el Metro...,
 en las mañanas lívidas,
 en las noches negras sin alumbrado y sin estrellas...
 y en tu conciencia todos...
 Y todos te los he cargado a tu cuenta.
 ¡Ya ves si sé contar!
 Eres la vieja portera del mundo de Occidente,

tienes desde hace mucho tiempo las llaves de todos los
 postigos de Europav y puedes dejar entrar y salir a quien
 se te antoje.
 Y ahora, por cobardía,
 por cobardía nada más,
 porque quieres guardar tu dispensa hasta el último día de la
 Historia,
 has dejado meterse en mi solar
 a los raposos y a los lobos confabulados del mundo
 para que se sacien en mi sangre
 y no pidan enseguida la tuya.
 Pero ya la pedirán,
 ya la pedirán las estrellas...

Y aquí otra vez,
 aquí
 en estas alturas solitarias.
 Aquí,
 donde se oye sin descanso la voz milenaria
 de los vientos,
 del agua y de la arcilla
 que nos ha ido formando a todos los hombres.
 Aquí, donde no llega el desgaitado vocerío de la propaganda
 mercenaria.
 Aquí,
 donde no tiene resuello ni vida el asma de los diplomáticos.
 Aquí,
 donde los comediantes de la Sociedad de Naciones no tienen
 papel.
 Aquí, aquí
 ante la Historia,
 ante la Historia grande
 (la otra,
 la que vuestro orgullo de gusanos enseña a los niños de las
 escuelas,
 no es más que un registro de mentiras
 y un índice de crímenes y vanidades).
 Aquí, aquí
 bajo la luz de las estrellas,
 sobre la tierra eterna y prístina del mundo
 y en la presencia misma de Dios.
 Aquí, aquí, aquí
 quiero decir ahora mi última palabra:

Espanoles,
 españoles revolucionarios:
 ¡El hombre se ha muerto!
 Callad, callad.
 Romped los altavoces
 y las antenas,
 arracad de cuajo todos los carteles que anuncian vuestro
 drama en las esquinas del mundo.
 ¿Denuncias? ¿Ante quién?
 Romped el Libro Blanco,
 no volváis más vuestra boca con llamadas y lamentos hacia la
 tierra vacía.
 ¡El hombre se ha muerto!
 Y sólo las estrellas pueden formar ya el coro de nuestro
 trágico destino.
 No gritéis ya más vuestro martirio.
 El martirio no se pregona,
 se soporta
 y se echa en los hombros como un legado y como un orgullo.

La tragedia es mía,
 mía,
 que no me la robe nadie.
 Fuera,
 Fuera todos.
 Todos.
 Yo aquí sola.
 Sola
 bajo las estrellas y los Dioses.
 ¿Quiénes sois vosotros?
 ¿Cuál es vuestro nombre?
 ¿De qué vientre venís?
 Fuera... Fuera... ¡Raposos!
 Aquí,
 yo sola. Sola,
 con la Justicia ahorcada.
 Sola,
 con el cadáver de la Justicia entre mis manos.
 Aquí
 yo sola, sola
 con la conciencia humana,
 quieta,
 parada,
 asesinada para siempre
 en esta hora de la Historia
 y en esta tierra de España,
 por todos los raposos del mundo.
 Por todos,
 por todos.
 ¡Raposos!
 ¡Raposos!
 ¡Raposos!
 El mundo no es más que una madriguera de raposos y la
 Justicia una flor que ya no prende en ninguna latitud.

Espanoles,
 españoles revolucionarios.
 ¡Vamos a la muerte!
 Que lo oigan los espías.
 ¿Qué importa ya que lo oigan los espías?
 Que lo oigan ellos, los bastardos.
 ¿Qué importa ya que lo oigan los bastardos?
 A estas alturas de la Historia
 ya no se oye nada.
 Se va hacia la muerte
 y abajo queda el mundo irrespirable de los raposos y de los
 que pactan con los raposos.
 ¡Vamos a la muerte!
 ¡Que se despierte Valencia
 y que se ponga la mortaja!...

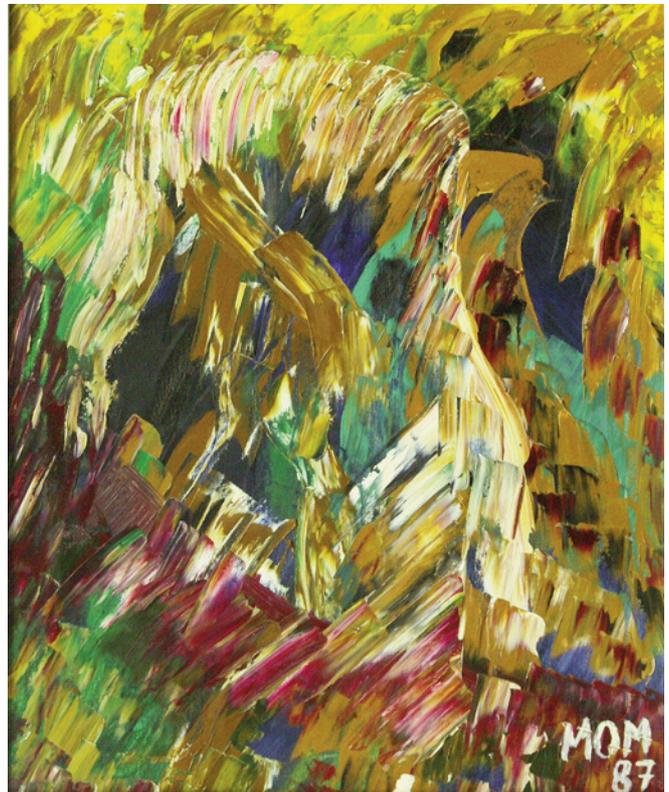
EPÍLOGO

Escuchad todavía...
 Refrescad antes mis labios y mi frente... tengo sed...
 Y quiero hablar con palabras de amor y de esperanza.
 Oíd ahora:
 la Justicia vale más que un imperio, aunque este imperio
 abarque toda la curva del Sol.
 Y cuando la Justicia está herida de muerte y nos llama en
 agonía desesperada, no podemos decir:
 "yo aún no estoy preparado".

Esto está escrito en mi Biblia,
 en mi Historia,
 en mi Historia infantil y grotesca,
 y mientras los hombres no lo aprendan el mundo no se salva.

Yo soy el grito primero, cárdeno y bermejo, de las grandes
 auroras de Occidente.
 Ayer, sobre mi sangre mañanera, el mundo burgués edificó en
 América todas sus factorías y mercados,
 sobre mis muertos de hoy, el mundo de mañana levantará la
 Primera Casa del Hombre.
 Y yo volveré,
 volveré porque aun hay lanzas y hiel sobre la Tierra.
 Volveré,
 volveré con mi pecho y con la Aurora otra vez.

Esta edición consta de cincuenta ejemplares en papel Corsican y 3.000 ejemplares en papel Chemalin. Colaboraron en su edición los camaradas trabajadores de los Talleres Gráficos de la Nación, en donde se terminó de imprimir el 25 de enero de 1938, al cuidado de Ernesto Madero y Geoffroy Rivas. Los fondos que se obtengan de su venta, se destinarán íntegramente a la edición de las obras del gran antifascista cubano Pablo de la Torriente-Brau. Comisario Político en la Brigada de "El Campesino", caído en Majadahonda, el 19 de diciembre de 1936, en defensa de la democracia española. Ediciones Insignia. México, 1938.



Ventanas al olvido de Miguel Oscar Menassa.
 Óleo sobre lienzo de 73x60 cm.

ESCUELA DE POESÍA Y PSICOANÁLISIS GRUPO CERO
Curso 2024-2025



EL PSICOANÁLISIS ES UNA PROFESIÓN CON FUTURO CERCANO

Seminario Introducción al Psicoanálisis
Seminario Sigmund Freud
Seminario Jacques Lacan
Seminario Medicina Psicosomática

ABIERTA LA MATRÍCULA
Tel.: 91 758 19 40 / actividades@grupocero.info

SEDE GRUPO CERO
calle Estrella, 19 - 1º B / 28004 Madrid